Revista Electrónica de Fuentes y Archivos (REFA)
Centro de Estudios Históricos "Prof. Carlos S. A. Segreti"
Córdoba (Argentina), año 16, núm. 16, vol. 1, 2025, pp. 126-148.
ISSN 1853-4503
DOI: https://doi.org/10.70629/1853.4503.v1.n16.49384
ARK: https://id.caicyt.gov.ar/ark:/s18534503/zhr9vk1ri

Marcelo T. de Alvear, la Unión Cívica Radical y los movimientos revolucionarios armados de la primera mitad de los años treinta

*Sebastián Giménez**

Resumen
Este trabajo analiza una cuestión muy específica y acotada, referida al vínculo del líder radical Marcelo T. de Alvear con los movimientos revolucionarios armados que desafiaron a los gobiernos de Uriburu y Justo en la primera mitad de la década del treinta. Revisa para ello las narrativas partidarias, las memorias de los protagonistas de los hechos, los estudios históricos elaborados por los referentes más autorizados en la temática, y los archivos que proveen el mayor cúmulo de información al respecto (principalmente la correspondencia de Alvear y el Fondo Documental Justo). Propone finalmente, en diálogo con esas fuentes primarias y secundarias, una interpretación propia que toma en cuenta tanto las valoraciones y preferencias de Alvear como -con mayor énfasis- el contexto político y partidario en el que esas consideraciones se desenvolvieron.

Palabras clave: Marcelo T. de Alvear, Unión Cívica Radical, revolución, Años treinta

Marcelo T. de Alvear, the Radical Civic Union and the armed revolutionary movements of the first half of the 1930s

Abstract
This paper analyzes a very specific and limited issue, referring to the link between the radical leader Marcelo T. de Alvear and the armed revolutionary movements that challenged the governments of Uriburu and Justo in the first half of the 1930's. It reviews the partisan narratives, the memories of the protagonists of the events, the historical studies elaborated by the most authoritative referents on the subject, and the archives that provide the largest amount of information on the subject (mainly Alvear's correspondence and the Justo Documentary Fund). Finally, it proposes, in dialogue with these primary and secondary sources, an interpretation of its own that takes into account both Alvear's assessments and preferences and -with greater emphasis- the political and partisan context in which these considerations were developed.

Keywords: Marcelo T. de Alvear, Radical Civic Union, revolution, 1930s

Fecha de recepción: 19-04-2024
Fecha de aceptación: 30-10-2024

* Universidad Nacional de San Martín (UNSAM). Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Argentina. E-mail: sebasgim82@gmail.com https://orcid.org/0000-0003-4806-2078

Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional

Introducción

Este trabajo tiene como objetivo explorar una cuestión muy específica y acotada, referida al vínculo que el líder radical Marcelo T. de Alvear mantuvo con los movimientos revolucionarios armados en la primera mitad de la década del treinta. La relación del jefe de la principal fuerza popular con la rebelión armada constituyó en su momento una cuestión principal de disputa política. Desde el Poder Ejecutivo, Uriburu y Justo vincularon a Alvear con los movimientos rebeldes. Esa vinculación trascendió el plano de la retórica, y tuvo gravísimas consecuencias jurídicas y políticas.

En julio de 1931, Uriburu acusó a Alvear de estar involucrado en la revuelta que tuvo lugar en Corrientes. Esto le costó al líder radical primero la deportación del país y luego el veto a su candidatura presidencial. El 16 de diciembre de 1932 fue descubierta en la Capital Federal, a raíz del estallido accidental de una granada de fabricación casera, la conspiración tramada por Atilio Cattáneo. El Poder Ejecutivo inició entonces una redada que incluyó la detención de importantes dirigentes partidarios, entre ellos Alvear quien, acusado de sedición, permaneció más de cuatro meses tras las rejas. En diciembre de 1933, mientras la Convención Nacional de la Unión Cívica Radical (en adelante, UCR) sesionaba en la ciudad de Santa Fe, un nuevo levantamiento estalló en Corrientes, Santa Fe y provincia de Buenos Aires. El gobierno detuvo al conjunto de los convencionales que se encontraban reunidos en Santa Fe. Marcelo T. de Alvear, que había concurrido a la Convención en su carácter de presidente del Comité Nacional de la UCR, permaneció detenido dos semanas, hasta que optó por salir del país.[1]

En todos estos episodios, Alvear negó las acusaciones realizadas en su contra. En misivas dirigidas a Uriburu y a Justo, en declaraciones a la prensa, y ante los estrados judiciales, Alvear rechazó estar vinculado con los movimientos rebeldes.[2] Su participación nunca pudo ser probada judicialmente. La vinculación del líder radical con la rebelión armada pareció entonces sólo una arbitrariedad cometida por los gobiernos de Uriburu y Justo, destinada como tal a reducir por la fuerza al principal partido de oposición.

Más tarde, sin embargo, algunos protagonistas de los hechos publicaron memorias que de algún modo mostraban que Alvear se había involucrado en la trama conspirativa. En particular, Manuel Goldstraj (1957) y Atilio Cattáneo (1959) dijeron tener constancias de

1 En las distintas biografías escritas sobre Alvear se narran con detalle estos hechos: Luna (1958, pp. 106-135), Cattaruzza (1997, pp. 48-55) y Losada (2016, pp. 133-170). El proceso partidario dentro del cual ellos tuvieron lugar es reconstruido por Persello (2004, pp. 131-159). Una crónica general de la política argentina entre 1931 y 1935 se encuentra en Potash (1986, pp. 108-150). En otro trabajo (Giménez, 2014, pp. 91-160) procuramos reconstruir la densa trama de los movimientos revolucionarios armados vinculados a la UCR. Puede también para ello consultarse: Pereira y Parente (1990) y López Marsano y Salas (2017).

2 La carta que le envió a Uriburu se encuentra íntegramente reproducida en: Beresford Crawkes (1932, pp. 396-401). La documentación relativa al proceso judicial iniciado a raíz de su detención en diciembre de 1932, del cual resultó absuelto, fue reunida en el volumen: Gondra, Palacios y Carlés (1933). La carta que le envió a Justo en enero de 1934 se encuentra reproducida en: Cattáneo (1959, pp. 310-313).

que el jefe de la UCR tomó parte en actividades sediciosas. Cuando a partir de fines de los años 90 distintos trabajos académicos (Cattaruzza, 1997; de Privitellio, 2001; Losada, 2016; Macor, 2001; Persello, 2004) brindaron su visión de los hechos, se apoyaron en esas memorias, y en otras fuentes (como la correspondencia de Alvear y el Fondo Documental Justo), para complejizar la mirada sobre el proceso. Entre estos estudios, sin embargo, está lejos de existir acuerdo. Mientras algunos señalan que Alvear no tuvo participación en la sedición, otros afirman que sí y otros, finalmente, se inclinan por opciones intermedias. Aquí intentaremos reconstruir los principales argumentos que sobre la cuestión se han planteado. Volveremos además a revisar las fuentes primarias disponibles. Sobre la base de ellas, y en diálogo con la bibliografía citada, procuraremos brindar nuestra propia interpretación del proceso. Además de intentar echar luz sobre el vínculo de Alvear con los movimientos revolucionarios armados, la reconstrucción que realizaremos buscará también ofrecer otra perspectiva desde la cual examinar la singular coyuntura en que el radicalismo se encontró entre 1932 y 1933, al tiempo que intentará acercar hipótesis acerca de los motivos que dieron fin a esa etapa.

Las memorias

Hasta fines de los años 50 la imagen de un Alvear distante y opositor a los movimientos rebeldes que desafiaron a Uriburu y a Justo era prácticamente incuestionada. El líder radical se había declarado ajeno a ellos. Sus adversarios internos, que monopolizaban la historia partidaria, aunque invirtiendo el signo valorativo de las palabras de Alvear (esto es, viendo como negativo lo que éste concebía como positivo) también rechazaban cualquier tipo de relación del segundo presidente radical con la actividad conspirativa. En este contexto, la publicación de las memorias de Atilio Cattáneo y Manuel Goldstraj desestabilizaron las imágenes consolidadas por las narrativas partidarias.

Atilio Cattáneo fue un teniente coronel identificado con el radicalismo que se embarcó en actividades conspirativas desde el mismo día del golpe de estado del 6 de septiembre de 1930. Partícipe a la distancia de la rebelión capitaneada por Pomar en 1931, Cattáneo recién ganaría protagonismo al interior del radicalismo, en 1932, año en que elaboró un "Plan" para acabar con el gobierno de Justo. Sus memorias se titularon, precisamente, *Plan 1932*. Allí, además de dar su versión de los hechos, Cattáneo publicó una importante cantidad de documentos que resultan, todavía hoy, de suma relevancia para conocer la dinámica de los grupos armados vinculados a la UCR en los primeros años treinta.[3]

[3] Cattáneo había publicado ya a fines de la década de 1930 unas memorias en las que narraba los acontecimientos de 1932, aunque sin dar casi nombres y sin incluir documentos probatorios (Cattáneo, 1939).

Respecto al punto específico aquí abordado, las memorias de Cattáneo arrojan una imagen compleja. En la reconstrucción de los hechos que brinda el líder rebelde, Alvear aparece muy al tanto de los movimientos conspirativos. Y no sólo eso: a Alvear también se lo ve tomando firme postura en algunos de los debates que dividían la opinión de los revolucionarios. Uno de ellos era la primacía militar o civil del levantamiento. Según Cattáneo, Alvear fue un firme partidario de la primacía militar.[4] Cattáneo manifiesta cierta sorpresa por esa posición de Alvear: "Es indudable que éste se equivocaba al patrocinar la acción monitora de las fuerzas militares, y me resultaba incomprensible esta actitud del Dr. Alvear puesto que siempre repetía a sus amigos, que una revolución se sabía cómo se iniciaba pero nunca cómo terminaba" (1959, p. 86).

Ante la necesidad de explicarse esto que juzgaba como una rareza, Cattáneo decía encontrar "un solo justificativo": "De esa manera se oponía, con el apoyo militar, a que el Dr. Yrigoyen con el pueblo pudiera reconquistar el gobierno nacional" (1959, p. 87).

Además de la primacía militar o civil, el otro punto álgido de discusión entre los rebeldes había sido, según Cattáneo, el del momento adecuado para llevar a cabo la acción revolucionaria. Dice el teniente coronel al respecto:

> El Dr. Yrigoyen y el Dr. Alvear coincidían (…) en que *sólo existía un camino para devolver al país a la normalidad perdida*, y este único camino era: *la acción armada*. Pero el Dr. Alvear no era sincero, como se probará más adelante. Alvear sostenía la necesidad de hacer una amplia y previa reorganización partidaria para alcanzar el dominio total de la masa popular y acoplarla al movimiento (Cattáneo, 1959, p. 110. Destacado en el original).

Primacía civil o militar, prioridad temporal de la reorganización o de la acción armada: hasta aquí la intervención de Alvear parece moverse dentro de la alternativa revolucionaria, si bien alentando en ella opciones diferentes a las de Cattáneo (y también, supuestamente, a las de Yrigoyen).

Sin embargo, de modo un tanto desconcertante, Cattáneo también sostiene que "Alvear y los alvearistas buscaban una solución: *las elecciones*. Si era necesario, patrocinaban una conjunción de fuerzas civiles. Yrigoyen y los yrigoyenistas sosteníamos que la solución era *la violencia*" (1959, p. 114. Destacado en el original). Alvear, por lo tanto, en algunas ocasiones era situado dentro del espectro revolucionario, y en otras fuera de él. La documentación

[4] Afirma al respecto: "Entre los dirigentes de primera fila del partido existía discrepancia con respecto a la colaboración del ejército. El Dr. Yrigoyen sostenía, con buen criterio, que el radicalismo no podía, ni debía marchar a la zaga de las fuerzas militares. Pensaba en el triunfo de la causa civil. Los jefes militares y el Dr. Alvear apoyaban la tesis contraria, vale decir, que el partido hiciese marco popular a las fuerzas militares. Conversé muchas veces con el Dr. Yrigoyen y con el Dr. Alvear sobre este punto" (Cattáneo, 1959, p. 83).

que contienen las memorias de Cattáneo avalan más la primera imagen. Sus juicios, con las oscilaciones referidas, la segunda.

Importantes pendulaciones y vaivenes contendrían también las memorias que, casi simultáneamente a Cattáneo, publicó Manuel Goldstraj. En su calidad de "secretario privado de Alvear", Goldstraj estuvo en la primera mitad de los años treinta muy cerca del líder radical. En 1934 compartió incluso con él la prisión y el exilio.[5] Decidido a pasar revista a "un cuarto de siglo de política argentina", en 1957 publicó sus memorias. La parte final de su trabajo es la que guarda mayor relevancia a los fines de nuestro análisis.

Goldstraj se detiene allí muy especialmente en la actuación de Alvear y del radicalismo en la primera mitad de los años treinta. Dice entonces que la elección de Justo a fines de 1931 había despertado expectativas positivas en algunos sectores de la UCR. Sin embargo, en 1932 el radicalismo se desengañó pronto "sobre la buena fe del gobierno" y se dejó entonces seducir "por la tentación difícilmente resistible de recuperar de un solo golpe sus perdidas posiciones -ilusión que estimulaban algunos hombres que pesaban notoriamente en el sentimiento de la masa-" (Goldstraj, 1957, p. 275). A continuación, Goldstraj brinda un retrato caricaturesco de esos "supuestos 'jefes de la revolución'" ("caballeros andantes", también les llama, ligando sus figuras a la de Don Quijote) que seguían una "técnica menuda" tendiente a "mantener despierto el interés de un grupo de secuaces que admiran idolátricamente las misteriosas andanzas" (Goldstraj, 1957, p. 275). Estos personajes, señala Goldstraj, proliferaron desde 1932 a tal punto que "en los cafés de Buenos Aires era más fácil oír una conversación, a plena voz, sobre la revolución y sus jefes, que conseguir la atención del camarero" (Goldstraj, 1957, p. 275).

Al hacer referencia al vínculo de Alvear con esos grupos, Golstraj afirma:

> según mi conocimiento y mis impresiones personales, Alvear en ningún momento se sintió realmente revolucionario en esta última etapa de su vida pública, no obstante su participación más o menos directiva en el accidentado proceso de las conspiraciones reiteradas y fracasadas de ese largo decenio y la inocultable y comprensible tentación con que a menudo acogió la posibilidad de terminar de un solo golpe afortunado con los males de la política argentina, que se ahondaban día a día (Goldstraj, 1957, p. 275).

Luego de esta apreciación, se extiende largamente sobre los motivos que alejaron a Alvear de la revolución: habla de una "repugnancia" del líder radical por la violencia política, de su convicción de que una revolución no resolvería nada, de su alejamiento del "espíritu histórico familiar" que lo había hecho en su juventud un admirador de lo marcial, de su temor a que de una revolución saliera "un nuevo dictador", y de su vejez y de la incomodidad de entrometerse

[5] Esta experiencia fue narrada por él en Goldstraj (1935).

a los sesenta y cinco años en actividades riesgosas (Goldstraj, 1957, pp. 278-279). Al terminar con esta argumentación, hace un llamado a nota al pie, diciendo que los párrafos que acababa de escribir merecían "una aclaración marginal" para no dar lugar a "una interpretación y juicio erróneos" (Goldstraj, 1957, pp. 278-279). Y dice que entre 1931 y 1937

> Alvear inspiró o conoció, dirigió o toleró, varias tentativas revolucionarias más o menos serias. Todas fracasaron (...) [Pero] no fueron esos fracasos la causa que suscitó en el ánimo de Alvear el escepticismo creciente con que llegó a considerar los planteamientos 'revolucionarios' y la repugnancia espiritual con que terminó por dejarlos de lado. Lo que realmente pesó en su decisión fue la comprobación, que no tardó en recoger, sobre la frecuente insinceridad fundamental con que muchos de los más exaltados y aparentemente más sinceros 'revolucionarios' estaban actuando en este campo (...) La revolución resultaba ser, así, una especulación contable asociada con una ambición de poder y mando más o menos ilegítima. Todo esto era muy peligroso y Alvear advirtió ese peligro; naturalmente, se decidió a poner coto a las andanzas de esos extraños 'revolucionarios' y terminó por no escucharlos o por apartarlos de su órbita (Goldstraj, 1957, p. 280).

Como es fácil percibir, esta aclaración de Goldstraj, más que contribuir a echar luz sobre la cuestión, suma confusión. Luego de leerla quedan en pie las preguntas más elementales sobre el vínculo de Alvear con los movimientos revolucionarios. El abanico de opciones abierto por Goldstraj va desde la posibilidad de que Alvear "dirigiera" esos movimientos hasta que simplemente los "conociera". ¿Lo que Goldstraj quiere decir es que Alvear dirigió algunos movimientos, y desconoció otros? ¿O él mismo no sabe cuál fue el nivel de involucramiento del líder radical en las actividades conspirativas, y deja entonces abiertas todas las opciones?

En definitiva: si las memorias de Cattáneo y Goldstraj brindaban elementos importantes para conocer con mayor profundidad el vínculo entre la jefatura radical y los movimientos revolucionarios armados, contenían también oscilaciones, tensiones y hasta contradicciones argumentativas que los volvía una base endeble para sacar de ellos conclusiones firmes.

Las historias

Cuando a partir de fines de los años 90 los estudios académicos revisaron la década del treinta, se basaron prioritariamente en esas memorias para dar su parecer sobre el vínculo entre Alvear y la revolución. En rigor, no todos los trabajos que abordaron esta cuestión siguieron ese camino. Darío Macor (2001) en su lúcida reconstrucción del proceso político posterior al golpe septembrino, dedica a dicha problemática unas pocas líneas en las que

sostiene la idea tradicional de un "yrigoyenismo" que impulsa movimientos revolucionarios y de un "alvearismo" que se opone a ellos (Macor, 2001, p. 88).

En el mismo volumen en que se publicó este trabajo de Macor, Luciano de Privitellio (2001) también hace referencia al tema, pero afirmando algo muy diferente. Dice el autor:

> Los sucesivos levantamientos armados, si no eran organizados por la cúpula del partido, tampoco eran rechazados por ella. Estos intentos armados no tenían ninguna posibilidad cierta de quebrar el firme control del Ejército (…) pero permitían sostener y recrear componentes sentidos de la religión cívica radical. Las máximas autoridades radicales estaban dispuestas a enfrentar la prisión y el exilio porque sabían hasta dónde, en ausencia de la mística generada por las campañas y las victorias electorales, se convertían en señales que ayudaban a sostener emociones e ideales identitarios del partido y, por extensión, su propia legitimidad como dirigentes (de Privitellio, 2001, p. 114).

De Privitellio, como se puede apreciar, desliza la posibilidad de que la "cúpula del partido" fuera la organizadora de los levantamientos armados. Prefiere, sin embargo, dejar eso en una deliberada imprecisión. En su visión, ello resulta secundario a los fines de subrayar una afinidad entre los líderes partidarios y los militares rebeldes. Dicha afinidad no residió necesariamente para él en una concertación de medios ni de fines. La coincidencia habría sido más bien espontánea. Los líderes partidarios, afirma, se beneficiaron del accionar rebelde. Las revoluciones (y también su fracaso) servían para imprimir cierta "mística" a un partido que, alejado de las elecciones, no encontraba otra ocasión de recrearla. Por ese motivo, afirma, los líderes de la UCR no sólo no rechazaron los movimientos revolucionarios, sino que incluso los apoyaron.[6]

Los textos de Macor y de Privitellio se publicaron en el año 2001 en un tomo de la *Nueva historia argentina* dirigido por Alejandro Cattaruzza. Cuatro años antes de la aparición de ese volumen, en 1997, Cattaruzza había publicado lo que puede considerarse el primer estudio académico integral sobre Alvear. En él, el autor abordaba el vínculo entre el líder radical y la revolución ofreciendo una mirada diferente a la de Macor y de Privitellio (autores que, a su vez, como vimos, en lo referido al punto aquí problematizado, diferían también entre sí). Cattaruzza recogió sobre todo el testimonio de Cattáneo para afirmar:

---

[6] El "apoyo" también es señalado por de Privitellio (2011) en otro texto, más reciente, en que hace referencia a esta misma cuestión en los siguientes términos: "Aunque no es claro si la dirigencia del partido tenía conocimiento de estos levantamientos, lo cierto es que no solo no los criticaba sino que, además, los respaldaba. Las máximas autoridades radicales estaban dispuestas a enfrentar la prisión y el exilio porque sabían que en ausencia de la mística generada por las campañas y las victorias electorales, se convertían en señales que ayudaban a sostener emociones e ideales identitarios del partido" (de Privitellio, 2011, p. 101).

> Años después, en la lucha interna del radicalismo, la supuesta falta de compromiso de Alvear con las insurrecciones fue exhibida por los llamados intransigentes como prueba de su claudicación. Este argumento olvidaba que, de acuerdo con los propios papeles publicados por Cattáneo, Alvear había estado efectivamente involucrado en la planificación revolucionaria. Contra las conclusiones de los jueces, en la segunda mitad de 1932 el ex presidente tuvo contacto con los dirigentes que preparaban las acciones militares (...) El tema era, desde luego, la organización de la rebelión. Con todo, es indudable que Alvear trabajaba a favor de otras alternativas y que, antes que impulsar la vía armada, la consentía (Cattaruzza, 1997, p. 52).

Como se puede ver, Cattaruzza se sirve de Cattáneo para cuestionar la narrativa intransigente. Basándose en la información provista por el militar rebelde, Cattaruzza desmiente la completa ajenidad de Alvear respecto de la revolución. El jefe de la UCR, afirma, estuvo involucrado "en la planificación revolucionaria". Su compromiso con la opción armada, sin embargo, habría tenido límites muy marcados, en tanto Alvear trabajaba "a favor de otras alternativas". Hay preguntas cruciales que se desprenden de aquí, y que queremos dejar planteadas para recuperar más adelante: ¿Por qué si Alvear perseguía "otras alternativas" se involucró en la trama conspirativa? ¿Qué fue lo que llevó al líder radical a tomar parte en estrategias en las que, todo parece indicarlo, él no estaba de acuerdo?

En el más sistemático trabajo sobre el radicalismo publicado hasta el momento, Ana V. Persello (2004), para dar cuenta de los sucesos de 1932, se apoya también en Cattáneo y señala que "el movimiento no se consideraba separado de las autoridades del partido, aunque el compromiso de esta última fuera evaluado como insuficiente y precario" (Persello, 2004, p. 144). La autora hace después breve referencia a la rebelión de 1933. Y finalmente, basándose en la información provista por la caja 100 del Fondo Documental Justo (en adelante, FDJ), subraya el decaimiento de la actividad conspirativa en 1934 y el distanciamiento de Alvear respecto a ella.[7] A la hora de hacer un balance del vínculo de Alvear con los movimientos armados, Persello (2004) recurre a las palabras de Goldstraj. Citando en parte textualmente al autor de *Años y errores*, y en parte parafraseándolo, Persello afirma que Alvear desempeñó funciones "más o menos directivas" en los levantamientos armados, pero también deja abierta la posibilidad de que sólo los haya "conocido, tolerado o inspirado" (Persello, 2004, p. 146). En todo caso, Persello afirma con seguridad un corte temporal: en algún momento, Alvear dejó a un lado esa oscilación, y se decidió por el franco repudio de los rebeldes. A diferencia de Goldstraj, que situaba ese quiebre en 1937, Persello parece ubicarlo antes, aunque no da mayores precisiones.

---

[7] Afirma: "En ese momento ya Alvear había comenzado a consolidar su posición y estaba lejos de avalar movimientos armados" (Persello, 2004, p. 145).

En la más reciente biografía que se publicó sobre Alvear, Leandro Losada (2016) se basa en igual parte en Cattáneo y Goldstraj para afirmar, haciendo en particular referencia a los "intentos revolucionarios" de 1932 y 1933, lo siguiente:

> La implicación de Alvear ha sido en sí misma motivo de controversia. Según dejó constancia Atilio Cattáneo, estuvo al tanto de la asonada de 1932, y también de las conspiraciones pergeñadas durante 1933, pero el propio Cattáneo definió a Alvear como el 'principal saboteador' de los planes revolucionarios, entre otros motivos, por el recelo de que su eventual éxito reposicionara a Yrigoyen (…) Por otro lado, la responsabilidad de Alvear no pudo ser probada judicialmente. Y, según su secretario, los erráticos resultados y las perniciosas consecuencias de los ensayos revolucionarios, así como los intereses mezquinos que habría advertido en algunos de sus artífices, fueron aspectos decisivos para que los desestimara (Losada, 2016, pp. 164-165).

Losada, como podemos ver, hace una lectura selectiva de las memorias de Cattáneo y Goldstraj para enfatizar el desapego de Alvear respecto de la revolución. Toma sobre todo en cuenta, de lo dicho por su secretario privado, la parte en la que éste señala el apartamiento de Alvear de los rebeldes. Desestima así las otras opciones que éste había abierto. Y, de las memorias de Cattáneo, Losada toma en consideración que "estuvo al tanto" de las conspiraciones. Minimiza así su involucramiento en la planificación de la rebelión de 1932, al tiempo que recupera la acusación de "saboteador" del levantamiento que Cattáneo le dirigiera al jefe radical.

El autor luego refuerza esta interpretación refiriendo a la correspondencia de Alvear. Losada vuelve sobre una carta que había citado antes, en la que Alvear, aludiendo al proceso de reorganización, señalaba la necesidad de mantener "la calma y la mesura". Losada dice entonces que esas palabras son "difíciles de conciliar con un dirigente que promoviera la revolución como forma de llegar al poder. Al contrario, suenan a una desautorización de la misma" (Losada, 2016, p. 165). Y cita luego otra carta, escrita en el verano de 1932-33 desde Martín García, en la que el jefe del radicalismo lamentaba que el "ambiente revolucionario" hubiese "perturbado la reorganización" (Losada, 2016, p. 167). Lo que se desprende entonces del conjunto de señalamientos realizados por Losada es que Alvear apenas estuvo informado de lo hecho por los líderes rebeldes. Y esa distancia estuvo, en su visión, acompañada de una opinión crítica hacia ellos.

En definitiva, los trabajos históricos que han abordado la cuestión del vínculo de Alvear con los movimientos armados de los primeros años treinta han propuesto interpretaciones diferentes. Mientras algunos enfatizan la cercanía (e incluso el activo involucramiento) del líder radical con la actividad conspirativa, otros subrayan la distancia (e incluso la tajante

oposición). Si algunos distinguen entre los diferentes levantamientos, otros los toman en conjunto. Las fuentes sobre las que los estudiosos han basado su interpretación han sido principalmente las memorias de Cattáneo y Goldstraj, aunque también se ha hecho referencia a otros archivos, como la correspondencia de Alvear y el Fondo Documental Justo. Surge de aquí el siguiente interrogante ¿Qué sucede si revisamos estas fuentes buscando específicamente en ellas cuáles fueron los vínculos de Alvear con los movimientos rebeldes? ¿Proveen estos acerbos documentales nueva información capaz de permitirnos arrojar mayor precisión a un problema que, como ha quedado en evidencia, da lugar a muy diversas interpretaciones?

Los archivos

Entre los años 1997 y 2016 el Instituto Torcuato di Tella publicó, en siete sucesivos tomos, la correspondencia de Alvear del período 1929-1942. Se trata de un corpus documental que, en conjunto, tiene un valor inestimable, aunque, mirado con mayor detenimiento, reconoce claros vacíos. Los primeros tres tomos de esa correspondencia abarcan el período comprendido entre 1929 y 1936. Esos tres volúmenes constituyen, quizá, los más ricos de toda la publicación. También ellos, sin embargo, tienen importantes blancos y faltantes. Así, por ejemplo, la segunda mitad de 1932 está casi desierta, y ése es un período clave en tanto allí se tramó la conspiración de Cattáneo. Se puede pensar que existen menos cartas fechadas en esos meses debido a que Alvear, que había retornado al país en julio de 1932, reestableció en Argentina el contacto cara a cara con sus correligionarios, y descuidó entonces la comunicación escrita. Pero también es posible formular la hipótesis de que su archivo fue objeto de cierta depuración, y que el material más sensible o comprometedor haya resultado eliminado. Refuerza esta idea el hecho de que, en otros momentos en que Alvear estuvo en el país la correspondencia resulta abundante (sobre todo, principios de 1933, y fines de 1934 y 1935). Y, casualmente, otro período muy activo en actividad insurgente, como la segunda mitad de 1933, también está prácticamente desierto.

Si dejamos provisoriamente al margen estos recaudos y analizamos el material existente, encontramos que de allí se desprende una idea muy clara y contundente: Alvear no apoyó la revolución. Se puede incluso pensar que desconoció la trama rebelde, y que, una vez puestas en evidencia sus consecuencias, las condenó frontalmente. A José Bianco, por ejemplo, le señaló:

> No se puede admitir de nuevo que grupos de correligionarios, por más destacados e importantes que puedan ser y por más bien inspirados que se crean, pretendan dirigir y provocar los acontecimientos comprometiendo la totalidad del partido al margen y fuera del control de las autoridades del mismo.[8]

Hay otras cartas de Alvear (todas de 1933 o posteriores) que van en la misma dirección. También resulta sugerente que las cartas que él recibía impugnasen con dureza a los líderes rebeldes, dando por sentado el juicio negativo de Alvear sobre ellos. Hortensio Quijano, por caso, luego de informarle que "los hermanos Bosch han recorrido recientemente la costa del Uruguai" haciendo propaganda revolucionaria, afirma:

> Cattáneo está en el asunto, de Pomar no tengo noticias. Ud. sabe la actitud de Fleitas y conoce la de Güemes. Bueno, ahí tiene Ud. el sindicato de brutos que quiere perturbar la obra orgánica que Ud. preside con juicio de estadista, enjundia de guiador i selecto patriotismo.[9]

Ateniéndonos a estas aseveraciones, podemos afirmar que la correspondencia privada de Alvear se encuentra en estrecha sintonía con las declaraciones públicas realizadas por él y citadas en el primer apartado de este trabajo.

Una imagen diferente, sin embargo, surge de la revisión del FDJ. Cinco cajas de ese archivo son relevantes a los fines de nuestro análisis: la caja 27, que lleva el nombre de "Conspiraciones contra Uriburu" (1931) y las que van de la 97 a la 100, "Conspiraciones contra Justo".[10]

En la caja 27 se encuentra una carta de Alvear dirigida a Severo Toranzo, fechada en Río de Janeiro el 8 de septiembre de 1931. En esa carta, Alvear -al parecer en respuesta a un pedido que Toranzo le realizara para que desde el exilio asumiera puestos de dirección en un próximo movimiento revolucionario- además de no aceptar dicha solicitud, realiza severos cuestionamientos a la vía armada: vincula la revolución a la guerra civil, describe a los líderes rebeldes como cuentapropistas, y, en oposición a la violencia, reivindica la "auspiciosa" reorganización emprendida por el radicalismo bajo su dirección.[11] Si las opciones eran, por un

---

8 Carta de M.T. de Alvear a José Bianco, Isla Martín García, 25/04/1933 (Botana, Gallo y Fernández, 1998, p. 272).

9 Carta de Hortensio Quijano a Alvear, Corrientes, 1 de junio de 1935 (Botana, Gallo y Fernández, 2000, p. 134).

10 La caja 97 corresponde al año 1932; la 98 a 1932 y 1933; la 99 a 1934 y la 100 a 1934 y 1935. De estas cajas, sólo la 27 y la 100 han sido consultadas por los estudiosos de Alvear y de la UCR en los 30. Las demás no fueron revisadas, o al menos no existen referencias a ellas. La engorrosa lectura de los documentos existentes en las cajas 97 a 99, debido al mal estado de los materiales, y, sobre todo, debido a que éstos se encuentran en su mayoría escritos en clave (volveremos sobre esta cuestión en breve), constituye seguramente la causa de esta omisión. Es menester aquí aclarar que también el Archivo de Justo fue objeto de purga y "limpieza", por lo cual la información que allí se encuentra resulta fragmentaria y dispersa.

11 "La acción revolucionaria iniciada hasta ahora, no ha tenido ni la cohesión ni la amplitud que pudieran asegurar un fácil triunfo, evitando así que el país sufriera los desastrosos efectos de una guerra civil. Cuando estaba en

lado, la revolución, y, por otro, la reorganización con vistas a una elección, la preferencia de Alvear se inclinaba sin dudas hacia la segunda.

No es posible, sin embargo, derivar de esta carta un posicionamiento del jefe radical válido para todo lo que vino después. Conviene a este respecto recordar que en septiembre de 1931 (esto es, al momento de redactar Alvear la misiva) el radicalismo se encontraba abocado a la preparación del acto electoral pautado para noviembre. En ese contexto, la negativa rotunda a cualquier tentativa armada, y la opción sin matices por la reorganización, resultaba, para el líder partidario que guardaba la expectativa de ser electo por la vía comicial, más que comprensible. Esa expectativa, sin embargo, fue duramente recusada un mes más tarde, cuando Uriburu vetó la fórmula presidencial radical encabezada por Alvear. El radicalismo decidió entonces no concurrir a elecciones y recluirse por tiempo indeterminado en la abstención.

Este vuelco en el escenario político modificó la postura de Alvear. En las cajas 97 y 98 del FDJ hay decenas de cartas y documentos que involucran a Alvear en la planificación conspirativa. Esos documentos, todo lo indica, le fueron incautados a Arturo Orzábal Quintana.[12] En la segunda mitad de 1932, cuando Alvear regresó al país luego de su salida forzada en julio del año anterior, se estaba pergeñando en la Capital Federal el "Plan" de Cattáneo. En él se involucró Alvear. Orzábal Quintana le asignó, al igual que al resto de los partícipes de la conspiración, un nombre en clave: "Octavio".

El desciframiento de las claves resulta sencillo porque en la caja 98 del FDJ hay un documento, el número 147, en el que constan todas las "claves para escribir", y allí cada nombre es referido a un apodo, y cada palabra a un referente. Si Alvear era "Octavio", Cattáneo era "Olimar", Yrigoyen "Maciel" y Orzábal Quintana "Dumesnil". El "verano" era la "revolución", los "ganaderos" los radicales. Y así. Veamos algo más de cerca la trama conspirativa.

Buenos Aires, dirigiendo la reorganización partidaria con tan buenos auspicios, aun cuando se me habló indirectamente de una acción revolucionaria, nunca tuve contacto directo ni una información completa de los elementos con que pudiera contarse, razón por la cual entendí y así lo manifesté que era prematuro y que nadie podría solidarizarse en esas condiciones. Ahora, ausente y lejos de la Patria, la situación es aún más difícil para mí, pues no podría prestar mi nombre para la supuesta dirección de un movimiento del que sólo tengo detalles fragmentarios y actuando en él dirigentes que proceden por cuenta propia y sin objetivos bien definidos. No basta poder hacer una revolución, es necesario tener la seguridad de cuáles serán sus consecuencias y en qué manos caerá la dirección del país después del triunfo. Se sabe siempre contra quién se hacen los movimientos revolucionarios, pero pocas veces a favor de quién". Carta de Alvear a Severo Toranzo, Río de Janeiro, septiembre de 1931. Caja 27, Documento 8. FDJ, Archivo General de la Nación (AGN), Buenos Aires.

12 Orzábal Quintana fue un intelectual vinculado en los primeros años 20 a José Ingenieros y al Boletín *Renovación*. En 1927 fundó la Alianza Continental para promover la nacionalización del petróleo. Estableció allí vínculos con sectores encumbrados de las Fuerzas Armadas, en particular con los generales Mosconi y Baldrich. Luego del golpe de estado, Orzábal Quintana profundizó su cercanía con los militares. Se asoció al general Severo Toranzo. Ambos compartieron el exilio en Montevideo. Orzábal Quintana retornó al país en 1932 para involucrarse en la conspiración de Cattáneo. Desde la Capital Federal, enviaba a Toranzo, figura a la que reportaba, periódicos partes informativos. Orzábal Quintana fue detenido en diciembre de 1933. Probablemente fue allí cuando se le incautó el material que luego pasó a formar parte del FDJ. En Bergel (2007) se reconstruyen los grandes rasgos de su biografía.

En agosto de 1932 Arturo Orzábal Quintana visitó a Cattáneo. Redactó luego un parte informativo -para remitirle presumiblemente a Severo Toranzo- en el que decía:

> Entre Maciel [Yrigoyen] y Octavio [Alvear], el hombre [Cattáneo] prefiere sin duda alguna a Octavio [Alvear]. Y se explica. Octavio [Alvear] ha expresado categóricamente que hay que veranear [hacer la revolución]. Maciel [Yrigoyen], en cambio -dice Olimar [Cattáneo]- no ha dicho explícitamente nada por el estilo. Es una esfinge. A unos dice una cosa y a otros dice otra. No se puede confiar en él. No es la clase de hombres que a nosotros nos gustan: que ponen "los puntos sobre las íes". Es en muchos sentidos una nebulosa.[13]

En esa misma carta, sin embargo, Orzábal Quintana agregaba hacia el final:

> Los políticos, aunque se digan partidarios del verano [de la revolución], siempre buscan un pretexto cualquier para interceder en el sentido de la indefinida postergación del remate; unos hablan de preparación, otros de que hay que terminar antes la reorganización, etc. Todos, repito, buscan demorar, inclusive Octavio [Alvear].[14]

En otra carta redactada poco después, Orzábal Quintana refuerza esta última idea. Relata allí un nuevo encuentro con Cattáneo. Dice que lo encuentra "algo preocupado y contrariado". El motivo de su preocupación, según le confesara Cattáneo, es que

> la peor lucha que tiene que sostener no es con la policía, ni con la Legión Cívica, ni con miembro alguno de los gobiernos 'de facto', sino con las intrigas, chismes, calumnias y delaciones que en contra suya (de Olimar [Cattáneo]), hacen algunos 'ases' del radicalismo. Tal como lo lee. Dice Olimar [Cattáneo] que continuamente, sin descanso, hacen esos repugnantes individuos cuanto está a su alcance para deshacerle, desbaratarle, dispersarle, la organización que con tantas dificultades, desvelos y peligros ha logrado establecer.[15]

Las citas en estos sentidos podrían multiplicarse. Abundan por doquier las intrigas, las sospechas y los cuestionamientos, lo cual da la pauta (que ya se desprendía de las memorias de Cattáneo) de que la conspiración era un engorroso pantano en el que proliferaban los conflictos y malos entendidos y en el que escaseaban las convergencias y puntos de acuerdo.

---

13 Carta de Dumesnil, 19 de agosto de 1932, p. 1. Caja 97, Documento 41. FDJ, AGN.
14 Carta de Dumesnil, 19 de agosto de 1932, p. 2. FDJ, AGN.
15 Carta de Dumesnil, 21 de agosto de 1932, pp. 1-3. Caja 97, Documento 42. FDJ, AGN.

La información existente en el FDJ sobre el año 1933 es considerablemente menor, y Alvear no es allí siquiera mencionado. A partir de 1934 hay un cambio muy notorio en el FDJ, casi podría hablarse de un extraordinario salto de calidad. El personal de inteligencia no se limita ya a reproducir documentos. Ahora acompaña con sesudos análisis y agudas reflexiones la información recabada. Los informes insisten entonces en una idea: el pronunciado descenso de la actividad conspirativa. Permanecen algunos grupos activos. Pero lo que prima es la desarticulación y la fragmentación.[16]

Sobre Marcelo T. de Alvear hay un informe que comenta un almuerzo que el jefe del radicalismo compartió en octubre de 1934 en la Embajada de Uruguay "en la intimidad con Blanco y el consejal Saavedra". Allí Alvear había dicho "que el radicalismo estaba dividido en tres tendencias: revolucionaria inmediata; abstencionista y acción electoral. Que él era abstencionista, pero que temía que los extremistas del partido ya tuvieran preparado algún golpe en el cual podía ser envuelto".[17] En su viaje de retorno del exilio, pues, Alvear se mostraba convencido de que había que abandonar la abstención. Ésta allanaba el terreno de "los extremistas". Él y todo el radicalismo quedaban envueltos en las "revoluciones" que ellos tramaban. El gobierno encontraba allí la excusa para reprimir al partido y desarticular su reorganización, lo cual fortalecía aún más a los "extremistas", brindando, a su vez, argumentos al Poder Ejecutivo para utilizar la fuerza contra el radicalismo. Se formaba así un círculo vicioso del que era menester salir cuanto antes, volviendo a los comicios. Otro informe de inteligencia databa el vuelco hacia el concurrencismo de Alvear de modo sumamente preciso. Decía allí:

> Alvear: desde el 29 de diciembre [de 1933] se desprende de su pose revolucionaria abstracta y la ofensiva que llevaba antes contra Bosch la amplía ahora contra la revolución en general y con gran vigor la dirige contra los revolucionarios en particular (...) En cambio, idealiza las urnas y 'el vuelco avasallador' de los votos radicales.[18]

Si recapitulamos, encontramos que la revisión de los archivos nos deja datos relevantes, nos provee de algunas certezas para las cuales antes sólo había sospechas, y nos brinda nuevos testimonios y puntos de vista. La información, sin embargo, sigue siendo fragmentaria. Si ella nos impide extraer conclusiones firmes, nos permite, en cambio, precisar los interrogantes. Muy a menudo se ha tendido a hablar de la relación de Alvear con los movimientos armados como si éstos constituyeran un mismo conjunto de fenómenos. Pero existen grandes diferencias entre ellos, y lo cierto es que sólo consta que el líder radical se involucró en la conspiración de Cattáneo de 1932. En el resto de los casos, permaneció entre la distancia y el rechazo. Hay

[16] Como mencionamos en el apartado anterior, Ana V. Persello (2004), sobre la base de la caja 100 del FDJ, ya había dado cuenta de esto (Persello, 2004, p. 145).

[17] Informe, octubre de 1934. Caja 99, Documento 41. FDJ, AGN.

[18] Informe sin firma. Caja 100, Documento 52. FDJ, AGN.

otro punto significativo: existen múltiples evidencias de que cuando Alvear participó del Plan Cattáneo lo hizo con serias contrariedades. El foco, en consecuencia, debe situarse en 1932. Y la pregunta ya no es si participó o no, sino por qué lo hizo (siendo que todo indica que mantuvo diferencias de principio respecto a ella) y cuál fue la índole de su participación. Para dar respuesta a estas preguntas no alcanza con remitir a las fuentes. Éstas son imprescindibles, pero deben ser leídas a la luz del marco general dentro del cual se desenvolvió el vínculo entre la máxima autoridad partidaria y los grupos revolucionarios armados en 1932. Aquí está la clave, creemos, que nos permitirá responder a las preguntas formuladas.

De la singularidad a la "normalidad": 1932-1934

Son tres los elementos que en 1932 contribuyeron a configurar un marco muy singular en la trayectoria radical. En primer lugar, la abstención. En segundo lugar, la declaración, en abril de 1932, de la Convención Nacional radical juzgando *de facto* el gobierno de Justo. Y, en tercer lugar, el proceso de sucesión que se encontraba transitando la cúpula partidaria. A fines de diciembre de 1932, comenzará, por su parte, a intervenir un cuarto elemento que dislocará ese marco y contribuirá a modificarlo: la represión estatal.[19] A continuación, analizaremos el devenir del radicalismo entre 1932 y 1934 a partir de cada uno de estos elementos, para brindar una nueva caracterización de la relación que en ese momento se estableció entre la dirigencia partidaria y los movimientos revolucionarios armados.

La abstención alteró el balance de poder al interior de la UCR. La gravitación relativa de cada uno de los actores que formaban parte del radicalismo se vio trastocada con la permanencia del partido al margen de las urnas. El enfático y altanero rechazo que Alvear expresó hacia los movimientos revolucionarios armados y hacia sus líderes en la carta que dirigió al general Toranzo en septiembre de 1931 hallaba su lugar en un marco muy preciso: la perspectiva de una pronta competencia electoral, con el radicalismo como el más serio candidato a quedarse con la victoria. Aunque quizá ni el propio jefe radical fuera entonces del todo consciente de ello (en la medida en que tendía a ver a su figura revestida de la legitimidad que en primer lugar le brindaba una tradición familiar ligada desde siempre a las glorias nacionales),[20] lo cierto es que lo que situaba a Alvear en un lugar privilegiado -desde el cual podía desestimar cualquier alternativa que no fuese la por él preferida- era el eventual respaldo de una opinión mayoritaria, capaz como tal de traducirse en una victoria electoral.

[19] Aquí no nos detendremos en la exposición detallada de cada uno de estos factores. Para ahondar en ellos, pueden utilizarse como guía los textos y autores citados arriba en el apartado "Las historias".

[20] Alvear, según Halperín Donghi (2004), a menudo se guio por la "conciencia de encarnar una legitimidad arraigada en la historia antes ya de ser revalidada por la voluntad popular" (Halperín Donghi, 2004, p. 196).

Cuando el radicalismo decidió, a raíz del veto impuesto por la dictadura, no concurrir a elecciones, clausuró ese escenario que hacía de los referentes con ascendiente electoral los protagonistas únicos y exclusivos de la vida partidaria. La abstención contribuyó a crear al interior de la UCR el marco en el cual cobraron gravitación quienes detentaban, no el poder de los votos, sino el poder de las armas. Y esto se acentuó cuando la Convención Nacional radical, en abril de 1932, declaró *de facto* al gobierno de Justo.[21] En la medida en que la fuerza era la que se veía rigiendo los destinos del país, era también ella la que, podía esperarse, también rigiera los destinos del principal partido de oposición.

A la distancia, resulta sencillo ridiculizar a esos caballeros armados que parecen salidos de una novela de Miguel de Cervantes o de Roberto Arlt, personajes que pergeñan planes perfectos que fracasan al primer descuido de un ayudante. Pero no debe olvidarse que en su momento fue muy diferente la consideración que se tuvo de ellos. De modo en parte espontáneo (la vigencia de un régimen considerado de fuerza hizo que se prestara atención a los detentadores de la fuerza), pero también como resultado de su febril actividad y militancia, los jefes rebeldes atrajeron la mirada de muchos radicales en busca de certezas o señales. Esto los hizo acreedores de un capital inestimable en el juego político interno. El propio Goldstraj, a su modo, lo reconoce. Si bien caricaturiza a los "supuestos 'jefes de la revolución'", también señala que eran "hombres que pesaban notoriamente en el sentimiento de la masa". Apunta también su exponencial proliferación a partir de 1932.[22]

Creemos que es ese notorio "peso en el sentimiento de la masa" de los referentes rebeldes el que muchas veces tiende a pasarse por alto. A menudo, se ha trabajado bajo la hipótesis de una asimetría de poder, según la cual la jefatura de la UCR era la que disponía el control de la situación, y de ella dependía apoyar o no, consentir o no, a la revolución armada y a sus

[21] Esa declaración tuvo un muy importante impacto en los grupos armados. En una carta enviada a Enrique Mosconi enseguida después de ese cónclave partidario, Arturo Orzábal Quintana y Severo Toranzo afirmaban: "La Unión Cívica Radical, por el órgano de la Convención Nacional, acaba de declarar ilegal y de 'facto' al gobierno nacional y a los gobiernos provinciales sin excepción. Con lo que existe una situación virtualmente revolucionaria. Nuestro punto de vista ha recibido la sanción de la más alta autoridad partidaria y popular" (Carta de Orzábal Quintana y Severo Toranzo dirigida a Enrique Mosconi, abril de 1932. Caja 97, Documento 9. FDJ, AGN). Años después, en 1939, en una declaración conjunta firmada por algunos integrantes del Comando del Litoral (Roberto Bosch, Sabino Adalid y Fernando Estrada) se decía: "la decisión revolucionaria fue ampliamente ratificada por el pronunciamiento de la Convención de la Unión Cívica Radical de 1932, que consideró de 'Facto' a los gobiernos surgidos de comicios fraudulentos". Volante titulado "Declaración a nuestros conciudadanos", octubre de 1939. Fondo Julio Darío Alessandro, Biblioteca Nacional Mariano Moreno, Buenos Aires.

[22] Existe otro modo de dar cuenta de la seriedad con la que en 1932 eran considerados los líderes rebeldes: el temor que ellos despertaron en quienes no compartían sus medios ni sus fines. Ernesto Accame le escribía a Alvear: "en estos momentos (…) la palabra revolución resuena con harta frecuencia en Buenos Aires, en La Plata, en Bahía Blanca, Rosario y hasta aquí mismo. Se dice que tenemos ya los Jefes militares necesarios y se dicen muchas cosas más que juzgo imprudente escribir. Dicha revolución radical, sería social en sus alcances, y a esto yo me pregunto, ¿quién pone valla a una revolución iniciada por una fuerza partidaria poderosísima por el número de sus adherentes, pero mal disciplinada y cuyos ideales orientados en sentidos opuestos, en cuanto a sus Jefes, resultaría un verdadero caos?". Carta de E. Accame a M.T. de Alvear, General Roca, Río Negro, 11 de abril de 1932 (Botana, Gallo y Fernández, 1998, p. 156).

líderes. Es probable que, en cualquier otra situación, así fuesen las cosas. Pero la abstención y la declaración del gobierno de Justo como "de facto" rompieron el equilibrio "natural" de poder al interior del radicalismo. Ambos factores crearon una situación en la que hubo que barajar y dar de nuevo. Los "ases" del radicalismo podían ser desafiados, contestados o ignorados por actores que antes eran marginales, pero no ahora.[23]

El incremento del poder relativo de los líderes rebeldes al interior de la UCR tuvo lugar, por añadidura, en un marco de extremo debilitamiento de la "cúpula partidaria", la cual se encontraba, en ese preciso momento, transitando el crítico proceso de la sucesión.[24] En abril de 1931 Alvear fue designado presidente del Comité Nacional. Yrigoyen, sin embargo, seguía gravitando en la UCR. Pero más que la presencia del viejo caudillo, lo que jugaba en contra de Alvear era su propia ausencia. Después del golpe de estado (en rigor, después de que dejó la presidencia), y hasta mediados de 1932, Alvear estuvo en Argentina sólo cuatro meses, de abril a julio de 1931. El segundo presidente radical nunca había sido líder partidario. Estaba por verse hasta qué punto podía serlo. Para ello debía primero mostrar que contaba con la adhesión de sus subordinados. Los informes que recibía a este respecto no eran del todo tranquilizadores. Su buen amigo Ezequiel Fernández Guerrico le informaba en marzo de 1932 que "Respecto al Dr. Alvear se observa un cierto enfriamiento", aunque -buscaba tranquilizarlo- "es indudable que una 'oportuna' intervención suya lo hará gravitar en el partido como una de sus más grandes figuras".[25] Es decir, el ascendiente de Alvear era probable, pero todavía no efectivo. Para volverse real debía "intervenir", es decir, hacerse presente y actuar.

Cuando Alvear regresó al país a mediados de 1932 debía validar sus títulos como jefe radical. Y debía hacerlo en un contexto para él adverso. Era un líder debilitado que se encontró con unos actores (antes marginales) empoderados. Su involucramiento en la conspiración, en ese marco, no dependía tanto de su opinión, valores o ideales. Era algo en gran parte impuesto por las circunstancias. Alvear era el jefe de un partido que había sido apartado de las elecciones y que había declarado (sin su aval) "de hecho" al gobierno. Los radicales miraban con expectativas a los referentes militares, tanto o más que a los referentes políticos. Y esto, no hay que olvidarlo, en un partido que, pese a que hacía más de dos décadas que había depuesto las armas, nunca había renunciado a hacer de la revolución un culto, y que, de diferentes maneras, en sus tres gestiones de gobierno, no se había privado de establecer vínculos cercanos e incluso íntimos con los militares. En esas circunstancias,

[23] Abundan, en las cartas existentes en el FDJ, las aseveraciones de los referentes rebeldes de una actuación al margen del Comité Nacional del radicalismo. Por ejemplo: "He establecido un acuerdo con los representantes de fuerza cívico militar de las provincias, para obrar con independencia del comité nacional, esta resolución la he tomado después del convencimiento completo de que Alvear e Irigoyen están en tren de postergar los acontecimientos en forma tal que será mortal para nuestra acción". Caja 98, Documento 138 (sin firma ni fecha). FDJ, AGN.

[24] Persello (2004, pp. 131-159) y Losada (2016, pp. 133-177) dan acabadamente cuenta de esto.

[25] Carta 34, de Ezequiel Fernández Guerrico a Marcelo T. de Alvear, Buenos Aires, 10 de marzo de 1932 (Botana, Gallo y Fernández, 1998, p. 98).

Alvear debía involucrarse, aunque más no fuera para saber, para obtener información de lo que allí ocurría.[26] Las actividades conspirativas eran un hecho. Ni los líderes rebeldes habían esperado su aval para actuar, ni los dirigentes y bases radicales que entraron en contacto con ellos pidieron su permiso para entablar esas relaciones. La revolución estaba de un modo u otro en el ambiente: Goldstraj señalaba que en cualquier café de Buenos Aires se podía escuchar hablar de ella; Accame apuntaba la "harta frecuencia" con que "la palabra revolución resuena"; Mario Castex, en su notable intervención en la Convención Nacional radical de 1934-35, afirmó que luego de que Uriburu expulsó a la UCR de las urnas, en el radicalismo se había elaborado "el concepto de que a esa violencia de arriba solamente podía responderse con la violencia de abajo, y así se fue formando lo que llamaríamos la conciencia revolucionaria para llegar a alcanzarnos a todos los radicales del país".[27] Hay evidencias de que el propio Alvear pudo palpar ese clima.[28]

Existe aquí, desde luego, un riesgo en la presentación de nuestro argumento: en tren de cuestionar la subestimación del fenómeno, podemos caer en una sobrestimación del mismo. Y así como se pueden señalar elementos que dan la pauta de la amplia presencia de la revolución en el radicalismo a lo largo de 1932, también se pueden mencionar otros que la relativizan: en primer lugar, entre los propios documentos de los rebeldes hay testimonios que niegan la existencia de un "ambiente revolucionario".[29] En segundo lugar, aun cuando ese "ambiente" al interior de la UCR en alguna medida existiese, quizá fuese un fenómeno restringido al radicalismo metropolitano.[30] En tercer lugar, y quizá lo más importante, la

[26] Una anécdota es reveladora a este respecto. El secretario de Cattáneo, Juan Giordano, cuenta que Alvear lo contactó diciendo que necesitaba "100 hombres bien dispuestos para constituirse en escolta". Pero cuando Giordano lo fue a ver, Alvear no le habló del tema. Giordano sacó la conclusión de que el pedido que inicialmente Alvear le había realizado era sólo una excusa para verlo y extraerle información: "Mi impresión personal, a su vez la de Ortigoza, es que estos hombres tienen inquietud por el carácter de tu organización, dado los rumores circulantes, y de ahí su deseo de saber el grado de la misma e intenciones tuyas" (Cattáneo, 1959, p. 336).

[27] Unión Cívica Radical, *Actas de la Convención Nacional*, Buenos Aires, 30 y 31 de diciembre de 1934 y 1 y 2 de enero de 1935. Caja 923, Documento 47, p. 52. Fondo del Centro de Estudios Nacionales (FCEN), Biblioteca Nacional Mariano Moreno (BNMM), Buenos Aires.

[28] Le decía en carta a Borda: "El ambiente revolucionario entusiasta y general que había en el partido ha contribuido a que muchos al apreciar los elementos de que se disponía se equivocaran en cuanto a su verdadera eficacia y les dieran más importancia de la que realmente tenían". Carta de Alvear a José Borda, Isla Martín García, 19 de febrero de 1933 (Botana, Gallo y Fernández, 1998, p. 226).

[29] José Bianco, por caso, le decía a Orzábal Quintana con total crudeza: "Uds. los exilados sufren el espejismo de imaginar que nuestro país tiene los ojos puestos sobre Uds. Y se equivocan, porque para nada pesan en la opinión ni en la balanza de los acontecimientos presentes y futuros". Sobre la posibilidad de éxito de una rebelión armada, decía Bianco: "El adversario es mucho más fuerte que nosotros en el terreno militar. Los jefes con que contamos son poquísimos. Todos los oficiales, de capitán abajo, son sin excepción uriburistas. Además, no hay ambiente". Sin embargo, de modo extremadamente significativo, Bianco también señalaba que el radicalismo se dividía en las siguientes cuatro tendencias: "5% de 'conspiradores', que quieren hacer un motín enseguida (…) 75% de 'revolucionarios', que quieren terminar con este régimen mediante un profundo movimiento de opinión popular análogo al que en España derribó a la monarquía (…); 15% de 'electoralistas' (…); 5%, finalmente, de 'pactistas', que desean un arreglo con Justo". Carta de Dumesnil a "Amigo" del 28 de agosto de 1932. Caja 97, Documento 47. FDJ, AGN.

[30] Es posible ver la amplitud que en la Capital Federal llegó a abarcar la red conspirativa en el detalle de dirigentes

revolución difícilmente pudiera apoderarse de un día para el otro del radicalismo, un partido que, si a esa altura era una organización de masas, lo era debido al firme vínculo que había sabido establecer con el dispositivo electoral. Fueron la universalidad y la obligatoriedad del sufragio las que hicieron del radicalismo el partido político mayoritario por excelencia en Argentina. Transfigurar esta maquinaria electoral en una milicia armada era una tarea cuanto menos improbable. Es factible, entonces, que ni los dirigentes intermedios del radicalismo que tomaron contacto con los líderes rebeldes, ni las bases que les prestaron oídos a sus fantásticos planes, se hayan convertido en "revolucionarios". Todo indica, de hecho, que no lo hicieron. Pero esto no le resta toda relevancia a esos contactos y a esa escucha. Ellos, por sí solos, en un contexto de fuerte crisis de liderazgo, alcanzaban para dotar de gravitación a los referentes rebeldes. Por añadidura, el hecho de que fuese un fenómeno restringido a la Capital Federal no debilita el planteo aquí realizado. En alguna medida lo refuerza: Marcelo T. de Alvear era un político eminentemente porteño, y, en tanto tal, el "microclima" vigente en la Capital Federal pesaba más que cualquier otro en la conformación de su parecer.

Ahora bien, que el involucramiento de Alvear en la conspiración no dependiera tanto de sus consideraciones subjetivas, no quiere decir que éstas no jugasen un rol importante una vez él ya inserto en esa trama. A este respecto, los indicios que podemos encontrar en las diferentes fuentes consultadas resultan de nuevo reveladores. En la carta que le envió a Toranzo, Alvear contrapuso la revolución a la reorganización, subrayando su preferencia por la segunda. Esto mismo sostuvo Alvear cuando se involucró en la trama sediciosa. Orzábal Quintana decía que todos los políticos "querían demorar, inclusive Alvear", y Cattáneo afirmaba que Alvear optaba por la previa reorganización, antes de la rebelión. Es fácil concluir que Alvear buscaba posponer, en el mejor de los casos indefinidamente, el momento de tomar las armas, mientras avanzaba en lo prioritario para él: la reorganización partidaria. También con esta clave puede leerse la preferencia de Alvear por la "primacía militar". No se trataba de una subestimación de Alvear hacia los civiles, ni tampoco, como sospechaba Cattáneo, de bloquear el retorno de Yrigoyen a la presidencia (una posibilidad entonces remota, por decir lo menos). Se trataba simplemente de separar la conspiración militar de la organización civil (partidaria), dejando a ésta a salvo de aquélla.

Alvear supo, en efecto, desde el primer momento, que los líderes rebeldes perseguían fines políticos, y que, en tanto tales, representaban para él una competencia. Así se lo dijo a Severo Toranzo en la carta que le envió en septiembre de 1931: allí habló de "dirigentes que proceden por cuenta propia", quienes, fomentando la revolución, erosionaban la reorganización. Es

que, circunscripción por circunscripción, Cattáneo (1959) menciona en su libro (pp. 209-210 y pp. 293-296). La escasa gravitación de los conspiradores en otros puntos del país se deja ver en el hecho de que los dirigentes que tenían inclinaciones rebeldes dejaban sus lugares de origen para actuar en la Capital Federal. Las memorias de Barón Biza (1934) dan cuenta de esto.

decir que Alvear no se alejó de los líderes rebeldes porque en algún momento se dio cuenta que ellos, en palabras de Goldstraj, tenían una "ambición de poder y mando más o menos ilegítima". A esto lo supo el líder radical desde el inicio mismo del vínculo que a la fuerza establecieron.

Para dar cuenta del apartamiento de Alvear de los referentes revolucionarios no alcanza, pues, con aludir a sus consideraciones subjetivas (las cuales, todo lo indica, variaron mucho menos de lo que su cambiante accionar permitiría inferir). La clave está, nuevamente, en el contexto en el cual ellas se desenvolvieron, y, en particular, en los cambios que ese contexto experimentó entre 1932 y 1933. A este respecto, la represión estatal jugó un rol de primer orden de importancia. Fue ella la que volvió a alterar el balance de poder al interior del radicalismo, esta vez para aislar a los rebeldes y reponer en el centro a los referentes políticos con ascendiente electoral.

Desde diciembre de 1932 hasta mayo de 1933 Alvear estuvo en prisión. Al salir se mantuvo más distante de la trama conspirativa (tampoco entonces, sin embargo, la rechazó). Aunque la dinámica propia de los grupos rebeldes influyó en ello -a partir de 1933 el epicentro de la rebelión dejó de ser la Capital Federal y pasaron a ser las provincias del Litoral (Giménez, 2015)- existen elementos para pensar que esta mayor distancia se debió a una consolidación de su rol como jefe del partido.[31] Tres factores contribuyeron a ello, uno azaroso (la muerte de Yrigoyen liquidó a su principal competidor por el liderazgo radical) mientras que los otros dos fueron resultado directo de la fuerza represiva: por un lado, haber estado meses en prisión, compartiendo un mismo destino con sus correligionarios, lo hizo merecedor de una mayor estima y consideración de sus subordinados.[32] La represión, por otro lado, empezó a horadar el ascendiente de los jefes militares sobre las huestes radicales, las cuales paulatinamente se empezaron a avenir a la idea de que una revolución no era sencilla de realizar, y que involucrarse en ella acarreaba costos muy gravosos.

Si 1933 puede considerarse en este sentido un año de transición, la amplia represión que tuvo lugar a fines de ese año y a principios del siguiente (a lo cual le siguió la implantación de un estado de sitio que se extendió siete largos meses) fue la que terminó de clausurar la singularidad abierta en 1932. Mario Castex, en el discurso ya citado, dijo que en diciembre de 1933 pudo comprobarse que "esa conciencia revolucionaria que se había formado en

---

31 Algo que, como vimos, ya había apuntado Persello.

32 Luna llama la atención sobre esto (Luna, 1958, p. 131). La importancia de la prisión como enaltecedora de la personalidad radical se puede ver en un documento del FDJ en el que se cuenta el mecanismo implementado por un oficial de inteligencia para tornar indudable y legítima su figura radical: "todos coinciden en dar fe de sus virtudes partidarias. Concepto que se ve robustecido cuando se recuerda la prisión que sufriera en diciembre y que se prolongara por un tiempo en Martín García, la cual, es innecesario agregar, fue cumplida siguiendo instrucciones de este S.S., tendientes a robustecer su personalidad revolucionaria. Todo lo cual ha permitido alcanzar los objetivos perseguidos". Boletín de Informaciones n. 35 del 5 de mayo de 1935, p. 2. Caja 100, Documento 15. FDJ, AGN.

el pueblo, tal vez por las posibilidades de realización, había sufrido un quebrante, una declinación; ya no todo el pueblo argentino, el pueblo radical, creía en la posibilidad de realizar el pensamiento revolucionario".[33] Este *quiebre* del "pensamiento revolucionario" es, sin dudas, el que está detrás del cambio de Alvear del que daba cuenta el informe citado en el apartado anterior: a partir del 29 de diciembre el líder radical podía despotricar contra "la revolución en general" y con mayor vigor "contra los revolucionarios en particular". Ellos constituían un actor que había dejado de gravitar "en el sentimiento de la masa". El punto de inflexión de Alvear en su vínculo con la revolución armada debe situarse, pues, en el fracaso de la rebelión de Paso de los Libres. Este evento marcó el final de ese período excepcional en el cual la jefatura partidaria debió negociar en una relación de igualdad con los líderes rebeldes. A partir de allí, como analicé en otro trabajo (Giménez, 2022), Alvear fortaleció el discurso contra la revolución, lo cual incluyó como uno de sus componentes centrales la dimensión "práctica" de retornar a la competencia electoral. La prédica contra la revolución y el retorno a la concurrencia electoral fueron, en efecto, los dos componentes centrales a partir de los cuales, a partir de mediados de 1934, se configuró una reformulación global de la estrategia de la UCR, que apuntó a erigir una frontera de separación tajante entre radicalismo y revolución.

Los dos golpes represivos fueron entonces los que liquidaron el inestable equilibrio de poder entre los líderes rebeldes y los partidarios, a favor de estos últimos. Paradójicamente, entonces, aunque Alvear fue una víctima directa y principal de la represión estatal, también fue su beneficiario. La coerción justista liquidó la alternativa revolucionaria armada, y reestableció así en la UCR a las autoridades partidarias como único centro de gravedad del radicalismo. Esto es, sin embargo, sólo una parte de la cuestión. La victoria de Alvear sobre sus rivales internos, en efecto, llevó también la huella de la derrota del conjunto del radicalismo (y, por lo tanto, también la del propio Alvear) a manos del adversario externo. Luego del veto dictatorial a su candidatura, Alvear había querido ver a la UCR recluida en un orgulloso retiro electoral. Además de representar un desafío hacia los gobernantes, el líder radical esperaba que la abstención sirviera también para "depurar el partido" y para avanzar en la reorganización. El radicalismo, proyectaba Alvear, saldría de ella reconvertido en un moderno partido político. La represión justista dio por tierra con estos planes. Ella afectó seriamente la reorganización e hizo insostenible la abstención. El radicalismo, por lo tanto, se vio obligado a retornar a la concurrencia electoral, aceptando los parámetros de la situación construidos por sus rivales.

[33] Unión Cívica Radical, *Actas de la Convención Nacional*, p. 52. FCEN, BNMM.

Conclusiones

Las consideraciones de Alvear sobre la revolución armada se mantuvieron llamativamente constantes a lo largo de todo el período aquí analizado. El líder radical manifestó un rechazo enfático a la violencia y expresó en diversas oportunidades su temor a que una revolución deviniera en guerra civil. No siempre, sin embargo, su accionar se correspondió con sus valoraciones. En 1932, y, en mucha menor medida, en 1933, Alvear se involucró en la actividad conspirativa. Ello fue el resultado, argumentamos aquí, de tres factores: en primer lugar, la abstención; en segundo lugar, la declaración de la Convención Nacional radical juzgando al gobierno de Justo como *de facto*; por último, la debilidad de la cúpula partidaria como resultado del proceso de sucesión que ella se encontraba transitando.

Estos factores crearon las condiciones para que al interior del radicalismo cobraran gravitación los referentes militares (y militarizados) que promovían la revolución armada. Alvear se involucró entonces en la trama rebelde. Pero lo hizo sin resignar sus preferencias. Mantuvo la necesidad de avanzar en la reorganización, e hizo todo lo que estuvo a su alcance para separar al partido del accionar militar. La desarticulación, a raíz de la represión estatal, de la actividad revolucionaria a partir de 1933, y, con mayor nitidez, desde 1934 en adelante, hizo que el peso de los referentes rebeldes al interior del radicalismo disminuyera dramáticamente y que las autoridades partidarias recobraran la centralidad. Alvear impugnó a partir de allí tanto a la revolución como a los referentes que la habían impulsado. El jefe radical pudo entonces concentrarse en la reorganización, aunque ésta resultó difícil de llevar a cabo debido a la paralela instauración de la república del fraude.

Referencias bibliográficas

1. Barón Biza, R. (1934). *Por qué me hice revolucionario. La triple alianza contra el derecho de asilo*. Montevideo: Editorial Campo.

2. Beresford Crawkes, C. J. (1932). *533 días de historia argentina: 6 de septiembre de 1930-20 de febrero de 1932*. Buenos Aires: Mercatali.

3. Bergel, M. (2007). Arturo Orzábal Quintana. En H. Tarcus (Dir.), *Diccionario biográfico de la izquierda argentina* (pp. 477-479). Buenos Aires: Siglo XXI.

4. Botana, N., Gallo, E. y Fernández, E. (Eds.) (1998). *Serie Archivo Alvear. 2. La abstención del radicalismo, 1931-1934*. Buenos Aires: Instituto Torcuato Di Tella.

5. Botana, N., Gallo, E. y Fernández, E. (Eds.) (2000). *Serie Archivo Alvear. 3. El final de la abstención, 1934-1936*. Buenos Aires: Instituto Torcuato Di Tella.

6. Cattáneo, A. (1959). *Plan 1932. El concurrencismo y la revolución (Estudio crítico y orgánico de una política argentina)*. Buenos Aires: Proceso Editorial.

7. Cattáneo, A. (1939). *Entre Rejas. Memorias*. Buenos Aires: Editorial Chango.

8. Cattaruzza, A. (1997). *Marcelo T. de Alvear. El compromiso y la distancia*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

9. De Privitellio, L. (2001). La política bajo el signo de la crisis. En A. Cattaruzza (Dir.), *Nueva Historia Argentina. Tomo VII. Crisis económica, avance del Estado e incertidumbre política (1930-1943)* (pp. 97-142). Buenos Aires: Sudamericana.

10. De Privitellio, L. (2011). Las elecciones entre dos reformas: 1900-1955. En H. Sábato, M. Ternavasio, L. De Privitellio y A. V. Persello, *Historia de las elecciones en la Argentina, 1805-2011* (pp. 135-234). Buenos Aires: Editorial El Ateneo.

11. Del Mazo, G. (1975). *El radicalismo. Ensayo sobre su historia y doctrina*. Buenos Aires: Ediciones Cardón.

12. Giménez, S. (2014). *Un partido en crisis, una identidad en disputa. El radicalismo en la tormenta argentina (1930-1945)* (Tesis de doctorado). Universidad de Buenos Aires: Argentina.

13. Giménez, S. (2015). El Comando del Litoral y la acción armada contra el régimen de la restauración conservadora en la primera mitad de los años treinta. *Folia Histórica del Nordeste*, *23*, pp. 15-41.

14. Giménez, S. (2022). Usos de la revolución en el radicalismo de los años 1930. *Ariadna Histórica. Lenguajes, conceptos, metáforas*, *11*, pp. 197-226.

15. Goldstraj, M. (1935). *El camino del exilio*. Buenos Aires: Talleres Gráficos Porter.

16. Goldstraj, M. (1957). *Años y errores. Un cuarto de siglo de política argentina*. Buenos Aires: Sophos.

17. Gondra, L. R., Carles, M. y Palacios, A. (1933). *El proceso Alvear*. Buenos Aires: Claridad.

18. Halperín Donghi, T. (2004). *La república imposible (1930-1945)*. Buenos Aires: Ariel.

19. Losada, L. (2016). *Marcelo T. de Alvear. Revolucionario, presidente y líder republicano*. Buenos Aires: Edhasa.

20. Luna, F. (1958). *Alvear*. Buenos Aires: Libros Argentinos.

21. Macor, D. (2001). Partidos, coaliciones y sistemas de poder. En A. Cattaruzza (Dir.), *Nueva Historia Argentina. Tomo VII. Crisis económica, avance del Estado e incertidumbre política (1930-1943)* (pp. 49-96). Buenos Aires: Sudamericana.

22. Pereira, E. y Parente, R. (1990). *Cuando los tenientes coroneles eran radicales*. Santa Fe: Centro de Publicaciones de la Universidad Nacional del Litoral.

23. Persello, A. V. (2004). *El partido radical. Gobierno y oposición, 1916-1943*. Buenos Aires: Siglo XXI.

24. Potash, R. (1986). *El ejército y la política en la Argentina (I), 1928-1945. De Yrigoyen a Perón*. Buenos Aires: Hyspamérica.